

Fr. Pie Raymond Régamey OP

LA ORDEN SUSCITADA POR LA PALABRA



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

Santo Domingo «recibió en la Iglesia el oficio del Verbo». ¿Qué valor tiene y qué significa exactamente esta afirmación que santa Catalina de Siena pone en labios del Padre Celestial y que, con justo título, es célebre en la familia Dominicana?

El oficio del Verbo, de la Palabra divina, es el oficio iluminador. Es necesario, vital. Sólo la fe nos «hace pasar de la muerte a la vida» (*Jn* 5, 24) y la fe sólo se despierta cuando responde a las «palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68). Siendo esa vida sobrenatural, los hombres, por sus propios medios, no pueden descubrir sus riquezas. Es preciso que palabras venidas auténticamente de Dios les «aporten la salvación» (*Act* 11, 14). «¿Cómo creerán sin haber oído? Y ¿cómo oirán si nadie les predica?... La fe nace de la predicación, y la predicación, de la Palabra de Cristo» (*Rom* 10, 14. 17).

Cristo perpetúa su Palabra en los Apóstoles y en sus sucesores los obispos. «Id – les dice–, enseñad a todas las gentes..., enseñadles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (*Mt* 28, 19-20). En la Iglesia, en el curso de los tiempos, el oficio del Verbo no puede pertenecer *con autoridad* a ninguna orden religiosa: el Señor lo confía a los obispos; son ellos los que constituyen la «Iglesia docente».

Pero ellos, evidentemente, tienen necesidad de ser ayudados. Aún en vida, el Señor envía delante de sí a setenta y dos discípulos para anunciar la llegada del Reino (*Lc* 10, 1-16). Más tarde, en la Iglesia primitiva, encontramos, además de los Doce y san Pablo, a hombres especialmente asistidos por el Espíritu Santo, dotados de «carismas» para ser unos «apóstoles» –que equivale a decir: para llevar la buena nueva de la salvación a los infieles–, los otros «profetas» y «doctores», estos últimos para dirigirse a la comunidad de los fieles a fin de perfeccionar su fe (*I Cor* 12, 11; *Act* 13, 1). Es digno de notarse que el Señor no reserva sólo a los Doce aquella frase: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha», sino que la extiende a los setenta y dos discípulos (*Lc* 10, 16), y vemos que la *acogida* que se debe dispensar a sus enviados, supone diversos grados según la dignidad que representan, desde el apóstol, que participa de su autoridad (*Mt* 10, 40) hasta el más pequeño de los niños (*Mt* 18, 5). Se debe «acoger al profeta como profeta...¹ al justo como justo» (*Mt* 10, 41). Toda clase de obreros

¹ Texto invocado por Honorio III para acreditar a los primeros dominicos.

apostólicos que dependan de la jerarquía y «con humildad, no con autoridad», tienen tareas que cumplir para difundir la Palabra de salvación.

Esa Palabra se crea sus órganos. Entre ellos hay uno al que la Iglesia ha dado el nombre de «orden de predicadores». La Palabra, el Espíritu y la Iglesia, con profunda intención, quieren que sea de la manera más plena y específica el órgano de esa Palabra salvadora. ¿Qué quiere decir esto?

Es siempre preciso –tan efectiva es la encarnación de las realidades salvadoras– que la historia presente a la Iglesia sus «necesidades» para que esta distinga y desarrolle los órganos propios de sus funciones: y esto es lo que hace la jerarquía. Se ha de observar también en sus conjeturas la constitución de un organismo para comprender lo que es. Después, con el transcurso de los tiempos, otras vicisitudes de la historia pueden hacer perder a algunos órganos sus funciones. Es lo que sucedió a las órdenes militares y a las que estaban consagradas al rescate de los cautivos de los moros. Cuando, por el contrario, la función crece en urgencia, dentro de un mundo más difícil y en una Iglesia cada vez más adulta y más militante, los órganos que deben asegurarla no pueden desaparecer, no pueden debilitarse ni confundirse entre sí sin que la Iglesia sufra un grave perjuicio. Para precisar, pues, la manera cómo la Orden de Predicadores ha de desempeñar el oficio del Verbo se ha de considerar primero cómo nació ese órgano tan concreto, condicionado por la historia, reconociendo lo que es permanente y más particularmente actual entre las necesidades a las que en otro tiempo respondió; y luego se ha de ver en qué han variado estas necesidades, observando si sus propiedades específicas son susceptibles de reaccionar de manera eficaz ante las nuevas «necesidades» de la historia, y esto en virtud de su naturaleza misma. Inmensa labor; no se puede, en pocas páginas, explicar su evolución ni justificar sus conclusiones.² Lo único que se puede hacer es trazar brevemente las grandes líneas de su estructura y de su desenvolvimiento, previniendo que para un organismo vivo, extremadamente complejo, éstas no serán más que como esquemas en un tratado de biología.

Nos parece indiscutible que cualquiera que se entregue seriamente a estos estudios llegará a conclusiones principales:³

1. Puede explicarse, para empezar, cómo se integra este órgano en el cuerpo de la Iglesia con relación al episcopado y a las otras órdenes apostólicas nacidas más tarde.

Ya lo hemos indicado, pero tenemos que repetirlo ahora que insistimos sobre la plenitud apostólica: no puede darse en una orden religiosa la plenitud del episcopado. Los obispos han sido constituidos doctores de la fe, y son ellos los que tienen la responsabilidad de la evangelización. No es lo mismo respecto a los religiosos. De tal

² La primera parte del programa puede ser fácilmente realizada hoy día, gracias a la monumental obra del padre M. H. VICAIRE: *Histoire de S. Dominique*, 2 vol., Ed. du Cerf, 1957.

³ No las he expuesto con la claridad requerida en el esbozo de una obra sobre nuestra Orden, redactado en multicopista, a fin de recibir las observaciones de mis hermanos en vistas a precisar la edición definitiva titulada: *Un Ordre ancien dans le monde actuel: les Dominicains*, Cahiers S. Jacques, 35, rue de la Glacière, Paris (13).

manera, que el oficio del Verbo no solamente está para ellos desligado del de gobierno en el que no tienen ninguna participación, y de las funciones pastorales de santificación, sino que ese oficio iluminador tampoco es ejercido por ellos con autoridad. La Orden de Predicadores nació porque, en el recodo de los siglos XII y XII, la Palabra evangélica, por un decaimiento general del episcopado, ya casi no resonaba en la Iglesia. La decadencia se superó, pero no dejaba de hacerse sentir, bajo mil formas, la necesidad de grupos ligeros –*expediti*, según la expresión, siempre actual, de Honorio III– libres del «cargo de almas», que pudieran dedicarse al estudio y conocimiento de la Palabra divina y de los hombres a los que ésta se dirige, formados por las disciplinas que a continuación expondremos. Se necesitaban hombres «íntegramente consagrados – *totaliter deputati*– al anuncio de la buena nueva del Reino de Dios» (son también expresiones de Honorio III).

La gran ley de integración que rige los organismos vivos quiere que los diversos órganos aseguren tanto mejor sus relaciones entre sí y con el conjunto del organismo, cuanto más se diferencian unos de otros. Esta ley es eminentemente válida en la Iglesia, que es cuerpo espiritual y ambiente del amor divino: dos títulos que no forman más que *uno*. Ella exige que los religiosos apóstoles, exentos de la jurisdicción de los obispos locales para ser más plenamente hombres de la Iglesia universal, pongan voluntariamente sus esfuerzos al servicio de los obispos para las obras que estos quieren confiarles, y desempeñen en toda la Iglesia sus oficios según la misión que han recibido del obispos de los obispos, y que los cumplan en virtud de dicha misión con la más íntegra fidelidad a las directivas dadas por la Palabra tal como resuena en la cátedra de Pedro.

En cuanto a los demás órganos de la Palabra, cada uno la hace oír de una manera peculiar, acusa más uno u otro acento, o se dirige con preferencia a hombres determinados, según la misión propia. Algunos no han sido específicamente instituidos para la Palabra, como los franciscanos y los carmelitas. Cada modalidad responde a una necesidad de la Iglesia y el mundo; una vocación corresponde a ella, y todos ven a la Iglesia entera en cada una de las otras familias espirituales que representan virtudes originales de la Palabra. ¿Conoceríamos un determinado aspecto del sentido evangélico y un amor sin límites a la pobreza si, en la gran caridad de la Iglesia, la amistad de san Francisco no tuviese su gracia particular? Dentro de esta admirable diversidad se necesitan *hombres disponibles para tender a la plenitud de la Palabra*. Su vocación particular es la apertura a lo universal. ¡Ah!, y no sólo en el dominio de las ideas, aunque, naturalmente, los hombres de lo universal han de ser pensadores y de un pensamiento que posea todo su rigor; pero la Verdad es Vida y Amor, y se hizo carne, y su Palabra nos llama a la salvación. La Palabra de vida suscitó, pues, una gran familia en la que todo debía concurrir a traducir dicha Palabra en el lenguaje de los hombres de la manera más pura, a lanzarla al mundo desde lo más profundo del Corazón de Dios, a elaborarla en su más plena integridad. Ni que decir tiene que, cuanto más rebelde es el mundo en el que la Iglesia milita a la Palabra, más necesarios son los hombres consagrados a proclamarla impulsados por la vocación de lo alto. Pero hay que advertir que esa vocación, totalmente gratuita, no es auténtica y eficaz si no es humilde y

modesta. Necios serían los dominicos si se gloriaran de haber recibido una gran medida: vale más una pequeña y bien llena que una grande medio vacía.

2. El oficio del Verbo tiene como eje central –y en eso consiste la *predicación* propiamente dicha– «proclamar la buena nueva a toda la creación» (*Mt* 16, 15). De hecho, la Iglesia ha llamado «predicadores» a Domingo y sus hijos. «Recuerden los hermanos –dicen las Constituciones de la Orden– que la obra de la santa predicación es el oficio eminente al que han sido especialmente llamados» (Núm. 741). Y desde el principio se les hace esta otra advertencia solemne, cuyos términos son del propio santo Domingo: «nuestra Orden ha sido instituida en sus orígenes especialmente para la predicación y la salvación de las almas» (Núm. 3). Claro está que se ha de entender esa predicación en un sentido amplio, aunque formal; es decir, de toda irradiación sobre las almas de la *Verdad* que salva. Sin embargo, es la palabra en sí misma la que es la expresión privilegiada de la Palabra divina: la palabra viva es a la vez una explicación articulada para el espíritu, y una acción en la que todo el ser del orador está animado de la vida sobrenatural para comunicarla a su auditorio. Nosotros, los predicadores, no debemos desanimarnos por la desvalorización y la falsificación habitual de la palabra humana; cuando esa palabra renace bajo el impulso del Espíritu, escapa a las vanidades y a las mentiras de que ordinariamente es instrumento, y se constata que lleva, hoy más que nunca, su testimonio; se constata que a ella le corresponderá siempre eminentemente –como nos previenen insistentemente nuestras Constituciones– el oficio del Verbo. Pero es necesario que la vida entera la prepare, abra al predicador a la acción del Espíritu. No hemos sido llamados a mil actividades en las que perdemos el tiempo por falta de adaptación; la gracia se nos concede normalmente y con preferencia en el ejercicio de la palabra y en todo lo que es predicación propiamente dicha.

Pero si tal es nuestro eje principal, no obstante, los hombres que el Verbo llama hoy a desempeñar su oficio se ven obligados a constatar que su misma fidelidad los conduce, cada vez más, a predicaciones paradójicas, de tal género, que ellos se preguntan si todavía pueden llevar este nombre. *Los renglones* sobre los que *Dios escribe derecho* son más *torcidos* que nunca, y con frecuencia se interrumpen. ¡Forzosamente ha de ser así! ¡Lo que Dios quiere es la conversión del mundo, y el mudo reviste formas tan extrañas! ¡Los obreros apostólicos saben cómo enfrentarse con él tal como está hoy día! Nosotros nacimos de una crisis parecida –menos grave, sin duda, que la actual–. Jourdain de Saxe afirma: «El germen de la institución de predicadores» radica en la decisión del obispo de Osma y de santo Domingo de ponerse en condiciones de alcanzar a aquellos a quienes la Palabra de Dios ya no llegaba. Se convertían así en los hombres que en vano llamaba desde hacía tiempo el papa Inocencio III: «Hombres que, imitando la pobreza de Cristo pobre, bajo un aspecto indigente y bajo el ardor del Espíritu, no temen ir hacia aquellos que el mundo desprecia.» Una orden que ha de cumplir el oficio del Verbo debe, evidentemente, hacer todo lo posible para que el Verbo llegue a quienes no lo oyen nunca. Existe primordialmente para éstos.

De todo esto resulta para la Orden entera y para cada uno de sus miembros, una fuerte tensión entre la tendencia hacia la plenitud de la Verdad divina –con todo lo que ésta supone de vida contemplativa para no ser una veleidad, sino un impulso vital– y los

esfuerzos realistas para alcanzar a los más desheredados y para tener ascendiente en los puntos de las estructuras del mundo donde se juegan los destinos más decisivos. Santo Domingo no cesó de dedicar su vida a estos dos extremos: contemplativo de tipo monástico y litúrgico, y misionero entre los herejes, o atraído por los cumanos y los pueblos paganos del Báltico, o bien, como amigo de Simón de Montfort, precipitando a sus hijos hacia los centros de elaboración del más vivo pensamiento. ¡Será preciso hacer especiales divisiones del trabajo, se necesitará toda clase de agrupaciones y de *paracaidistas*! Pero convendrá, sobre todo, entre los cuerpos estables y esos puntos móviles, una perfecta unidad, un incesante ir y venir. Será indispensable, en cada miembro, en cada grupo, en cada cuerpo y en el conjunto de la Orden, la renovación continua de las tensiones: que los *paracaidistas* conserven vivo el sentido de la plenitud de la Verdad, que vuelvan frecuentemente a sus bases para renovarlo y que en sus combates se sientan sostenidos por todos sus hermanos; que los cuerpos estables, los conventos, atestigüen de una manera efectiva la correlación teóricamente normal entre los valores tradicionales y la *real* apertura al espíritu del tiempo y a sus problemas.⁴ Sin las tensiones, renovadas sin cesar en cada religioso merced a la paz militante del Dios vivo, y entre todos ellos gracias a la cordial y viril fraternidad, sin esas tensiones que son esenciales a la Verdad sobrenatural y humanamente comprometida, el espíritu contemplativo –monástico, litúrgico, teológico– deja de ser realmente apostólico, y, a la inversa, el apóstol, que se lanza a «proclamar la buena nueva de la salvación», es «llevado, por todo viento de doctrina», por las corrientes de la predicación. Ambas obligaciones se imponen, evidentemente, una a la otra: la de la plenitud en la vida de adhesión al Verbo y la del oficio de Verbo, asegurado allí donde la necesidad es más urgente: estas dos obligaciones se imponen como exigencias vitales a los que han recibido la vocación dominicana de tal manera que no es posible que una u otra puedan cesar jamás de hacer valer sus derechos en la Orden. ¡Ni oposición, ni compromiso entre ellas! Su convergencia no hará más que resolver inevitables males, inevitables crisis. Los hombres que han de encarnar el Verbo divino están, pues, obligados a tales síntesis, y éstas exigen tan asombrosa diversidad incluso en el régimen de vida, que únicamente del Espíritu divino pueden esperar la apertura de ánimo que les es necesaria, el amor comprensivo, la sabiduría en las alternativas de los ritmos, el rigor del sentido tradicional y la flexibilidad en la correspondencia a las situaciones; es verdad que sólo pueden esperarlas del Espíritu, pero el Espíritu las asegura a quien quiere *de veras* realizar el oficio del Verbo cuando está llamado a realizarlo.

3. Al suscitar su orden, la Palabra divina la modela, la trabaja por dentro. Toda la Escritura atestigua cómo trabaja en aquellos *que la guardan* y cómo actúa entonces por medio de ellos. Confiere a su orden los caracteres que le convienen, que deben hacer de ella su órgano eficaz.

Por ser divina, la Palabra necesita un ambiente sobrenatural «donde puede residir en abundancia» (*Col* 3, 16). Sus heraldos asientan allí «*los montantes* de sus puertas» (*Prov* 8, 32). Deben consagrarle su vida según la plena realidad de sus votos, mediante

⁴ Nunca se meditarán bastante bajo esta perspectiva las conclusiones que se desprenden del estudio del padre Chenu: *Le Couvent de Saint-Jacques et les deux renaissance du XIII^e et du XIV^e siècles*. «Cahiers Saint-Jacques», n.º 26 (en multicopista).

los cuales la Iglesia del Verbo encarnado consagra a sus religiosos. Deben estar prestos a realizar la conexión que existe esencialmente entre las dos formas del Pan de Vida: la Palabra eucarística y la Palabra articulada. Su sacerdocio es necesario para asegurar a su predicación el carácter sacrificial (*cf. Rom 15, 16*). El culto litúrgico estará en el centro de la vida de los predicadores. Así su predicación, nacida de la alabanza, se basará normalmente sobre la alabanza divina a la que debe elevar a los fieles.

La Palabra divina quiere elaborarse en un ambiente contemplativo, tranquilo, ferviente, silencioso, donde se pondera y se concentra. Un ambiente realmente pobre y que haga lo posible para eludir los compromisos con las injusticias del mundo, puesto que la Palabra no es de este mundo: «A Cristo pobre se le ha de predicar en medio de la pobreza», y tradicionalmente, la «vida apostólica» es la vida pobre y fraterna, a imitación de la primera comunidad cristiana de Jerusalén (*cf. Act 2, 42; 4, 32-35*). Un ambiente austero y penitente, para que la Palabra tenga el poder y el derecho de surgir como «la espada de dos filos» por la que el auditorio se siente juzgado en lo más íntimo de su fuero interno (*cf. Heb 4, 12*). Un ambiente de pureza y de rectitud, a fin de que «la Palabra del Dios vivo y eterno» sea realmente el «germen incorruptible que engendra de nuevo a los hijos de Dios» (*1 Pe 1, 23*). Un ambiente vital, generoso, abierto, en el que se impregne la *parresia* apostólica,⁵ desde donde se difunda, como naturalmente, por el mundo un «intrépido anuncio de todo lo concerniente a la verdadera vida» (*Act 5, 20*). Un ambiente de silencio, que rompa con las banalidades en que se dispersan los ánimos, y positivamente un silencio que sea la comunión de la Palabra inefable: el Verbo «salió del Silencio» (san Ignacio de Antioquía a los de Magnesia); la palabra humana sólo se diviniza en el silencio de Dios. Le falta siempre algo –y esta es la cualidad más evidentemente sobrenatural– a una palabra que no se alimenta durante toda su vida de aquella especie de humus espiritual producido por la liturgia y las costumbres monásticas cuando éstas son auténticas. El predicador que desea proferir una Palabra dotada de aquel valor que sobrepasa la simple verdad racional y sentimental debe normalmente sentir la necesidad de una vida litúrgica y conventual; a su vez, esta vida necesita ser bella y descubrir los principios eficaces de su belleza.⁶ Asimismo, la Palabra divina requiere todas las dimensiones y toda la armonía de una vida humana, en la que pueda renovarse la experiencia de aquel Amor que en el mundo es tan poco amado y que se ha de predicar a todos los hombres.

La transmisión de la Palabra de verdad ha de ser íntegra e integral. Por eso exige que sus heraldos sean rectos y connaturales a todo cuanto atañe al Reino. Deben manifestar, respecto al mundo sobrenatural, la espontaneidad de quien regresa de un viaje, rico de impresiones personales y directas. Para esto deben estar desprendidos de toda preocupación material, a fin de consagrar su tiempo y sus fuerzas para llegar a ser verdaderos «conciudadanos de los santos en la luz» mediante la contemplación y el

⁵ Véase la «Bible de Jérusalem» sobre Hechos 13, 46.

⁶ El padre Beda JARRETT ha sido consciente de esto, como de tantos otros valores dominicos: «Para Domingo, la vida regular era un medio de crear la personalidad del predicador, llenando su corazón de dulzura y de fuego» (*Saint Dominique*, p. 138). «Santo Domingo tenía el vivísimo deseo de formar un cuerpo de predicadores infatigables e instruidos, pero quería, no obstante, que sus sermones tuviesen como base un carácter austero, un sólido fundamento bíblico, un temperamento pacificado por el canto de los salmos y de las antífonas» (*id.*, p. 203). *Cf.* p. 141. 144-145.

estudio. Estudio incesante. Estudio objetivo y por lo tanto, dirigido según una técnica que asegure su rigor. Ese estudio es una ascesis, no tanto por su carácter penitencial – que no deja de ser muy real– como por la disciplina de objetividad que impone y que poco a poco va rectificando todo el ser. La Palabra de verdad necesita «hombres verídicos»; hombres que puedan decirle a Dios, como santo Domingo: «No he ocultado vuestra justicia», y como san Pablo: «Desechando todo indigno tapujo y toda astucia, en vez de adular la Palabra de Dios» (*Cor 4, 2*).

Finalmente, la Palabra de vida quiere vivir de la misma savia que los hombres a quienes tiende a convertir. Los apóstoles proclaman las maravillas de Dios «en las lenguas de sus oyentes» (*Act 2, 11*). No basta con una traducción deficiente, como la del deber de un alumno. La Verdad divina quiere renacer nueva de las nuevas vidas que evangeliza; de otro modo, esas nuevas vidas no la reconocerían como la buena nueva de su propia salvación. Por consiguiente, los servidores de la Palabra eterna están obligados a escuchar y a proferir a su vez las palabras de su tiempo. Su objetividad no ha de ser menos rigurosa en estos dominios humanos que en el de su estudio sagrado. Pero, evidentemente, si se trata de dialogar con sus contemporáneos en la misma lengua de éstos, es para que dicha lengua magnifique, proclame «las maravillas de Dios».

Lo más admirable es que estas desmesuradas exigencias, humanamente inconciliables, pueden ser satisfechas según grados modestos de gracia y de talento, de la misma manera que un pedacito de vidrio brilla con todo el resplandor del sol. Se necesita para ello la magnanimidad de los verdaderos humildes. La realización de una vocación, cuando es Dios quien llama, exalta. Sería entonces un pecado contra el Espíritu frustrarla. El servidor de la Palabra, el familiar de la Sabiduría, dice: «Voy a regar mi jardín, y me encuentro con que mi acequia se ha convertido en un río, y el río en un mar... Es que no trabajo para mí, sino para todos aquellos que buscan la Sabiduría» (*Eclo 24, 31-34*).

FR. PIE-RAYMOND RÉGAMEY OP

(El autor escribió este estudio
en 1940 prisionero de los alemanes.

Recogido en el libro de Les Editions du Cerf:
“Portrait Spirituel du Chrétien”.

En Castellano: “Retrato espiritual del cristiano”,
Ed. Estela, Barcelona, 1966, pp. 135-143).